

Las élites de la España liberal: clases Y redes en la definición del espacio social (1808-1931)

Author(s): Juan Pro Ruiz

Source: *Historia Social*, 1995, No. 21 (1995), pp. 47-69

Published by: Fundacion Instituto de Historia Social

Stable URL: <https://www.jstor.org/stable/40340396>

---

JSTOR is a not-for-profit service that helps scholars, researchers, and students discover, use, and build upon a wide range of content in a trusted digital archive. We use information technology and tools to increase productivity and facilitate new forms of scholarship. For more information about JSTOR, please contact [support@jstor.org](mailto:support@jstor.org).

Your use of the JSTOR archive indicates your acceptance of the Terms & Conditions of Use, available at <https://about.jstor.org/terms>



JSTOR

Fundacion Instituto de Historia Social is collaborating with JSTOR to digitize, preserve and extend access to *Historia Social*

# **Teoría-Método**

## **LAS ÉLITES DE LA ESPAÑA LIBERAL: CLASES Y REDES EN LA DEFINICIÓN DEL ESPACIO SOCIAL (1808-1931)**

**Juan Pro Ruiz**

ENTRE la Guerra de la Independencia (1808-14) y la Guerra Civil (1936-39) se extiende un periodo histórico relativamente homogéneo, caracterizado por la construcción del Estado liberal y todas las consecuencias que ello conllevó en el terreno económico y social. Este “periodo de entreguerras” vio nacer en España el capitalismo y la industria, vio desaparecer el Antiguo Régimen y los privilegios estamentales, vio surgir el concepto de nación española y –más tarde– los diversos movimientos nacionalistas alternativos de la periferia. Pero en el terreno social, la España liberal sigue constituyendo todavía un enigma o –peor aún– un campo abonado para malentendidos, anacronismos y prejuicios. La historiografía referente a esa época sufre del simplismo de un acercamiento pretendidamente neutro desde el vocabulario y los conceptos del mundo actual, que contrasta con el alto grado de refinamiento alcanzado por el instrumental conceptual de gran parte de los historiadores modernistas, acostumbrados a tomar distancia con respecto a su objeto de estudio, a reconocer la diferencia de estructuras entre el hoy y el entonces, y a esperar –en todo caso– encontrarse realidades complejas.

UNA SOCIEDAD SIN CLASES NI ESTAMENTOS

La imagen que tenemos sobre la configuración del espacio social en la España del siglo XIX y primer tercio del

*Historia Social*, n.º 21, 1995, pp. 47-69.

xx es fruto de dos proyecciones. Por un lado, se proyectan conceptos y modelos teóricos creados para explicar las sociedades actuales, nacidos de los conflictos y de las realidades del siglo xx, y aplicados de forma más o menos automática al análisis de la vida social durante la centuria anterior. Frente a este tipo de proyecciones, la otra alternativa que se le ofrece al lector de libros de historia es la proyección hacia la Edad Contemporánea de esquemas creados por la historia social de los siglos xv al xviii, esquemas como el de la *sociedad de órdenes* que resalta la consideración de los privilegios jurídicos como principio ordenador de la estratificación social; o, más recientemente, la fuerza del parentesco en la articulación de las relaciones sociales durante la Edad Moderna.

Como resultado de esos dos tipos de proyecciones, hemos tendido a plantear el siglo xix como el periodo de transición por antonomasia, de manera que los debates y las escuelas se definen en torno a la cuestión de las proporciones de rasgos “arcaicos” y de rasgos “modernos” de la sociedad decimonónica: se debate, por ejemplo, el papel de la aristocracia en la sociedad liberal, en el sentido de que, tratándose de un estamento definido por criterios propios del Antiguo Régimen, su suerte a través de la revolución liberal nos daría la clave del grado de continuidad entre ambas épocas; se debaten las formas de relación entre la burguesía —a la que se supone portadora de las esencias del mundo moderno— y las viejas élites —lastradas por culturas y mentalidades propias de la sociedad tradicional—. Las posibilidades de este tipo de acercamientos a la historia son limitadas, pues acaban conduciendo con frecuencia a la confrontación entre el discurso empobrecedor de la continuidad y el discurso superficial de la ruptura, confrontación aplicable con idéntico grado de esterilidad a cualquier periodo histórico. Los especialistas en Historia Moderna conocen bien las limitaciones de un debate de este tipo, después de ver cómo, desde el final de la Segunda Guerra Mundial, el debate sobre la transición convertía su periodo de investigación en campo de batalla entre pervivencias del feudalismo y anticipos del capitalismo, ventilando mediante el sencillo expediente de la transición entre dos formas “puras” un periodo de nada menos que tres siglos.<sup>1</sup>

Algo parecido ocurre con la época liberal. La sociología histórica parte del supuesto implícito de que la sociedad del xix era una sociedad contemporánea, sustentada por una economía capitalista y enmarcada en unas instituciones políticas de inspiración liberal, es decir, que era básicamente igual a las sociedades actuales, a las que se nos presenta ora como la sociedad de clases en sentido estricto, ora como un continuo de individuos en el que prima la movili-

<sup>1</sup> R. HILTON (ed.), *La transición del feudalismo al capitalismo*. Crítica, Barcelona: 1977; T. H. ASTON y C. H. E. PHILPIN (eds.), *El debate Brenner*. Crítica, Barcelona: 1988.

dad social. La historia social, por el contrario, carece de conceptos propios cuando se aproxima al siglo XIX, de manera que o bien cae en la mera descripción del contenido de las fuentes, o bien proyecta el espectro de un pasado que se niega a desaparecer,<sup>2</sup> y entonces nos presenta el XIX como el mundo de la inmovilidad social, en donde el principio estamental y el principio de la estratificación por clases se reforzarían mutuamente para producir una sociedad rígidamente compartimentada.

La visión general del siglo XIX puede cubrirse con una u otra de las imágenes a las que hemos hecho referencia. Pero cuando se pretende explicar procesos históricos concretos, ninguna de ellas da cuenta de la realidad de la época hasta el punto de proporcionar una base de conocimientos sobre los que razonar satisfactoriamente. Tampoco sería justo desechar de un plumazo todos los trabajos que se han hecho desde una de esas dos perspectivas. Hay que tener en cuenta que la investigación más inteligente sobre las sociedades del mundo actual ha tendido a mostrarnos de forma convincente cómo, por debajo de la aparente movilidad que puede darse en un marco de igualdad de oportunidades, juegan factores sociales que contribuyen a reproducir las desigualdades a lo largo del tiempo, por ejemplo a través del sistema educativo.<sup>3</sup> Al mismo tiempo, lo mejor de la historia social de la Edad Moderna en años recientes está constituido por trabajos que parecen sugerir que, en un medio en el que la desigualdad de condición era la norma dominante, existían ciertas posibilidades de escapar a las determinaciones del estatus heredado, posibilidades de movilidad mayores de lo que se venía imaginando.<sup>4</sup>

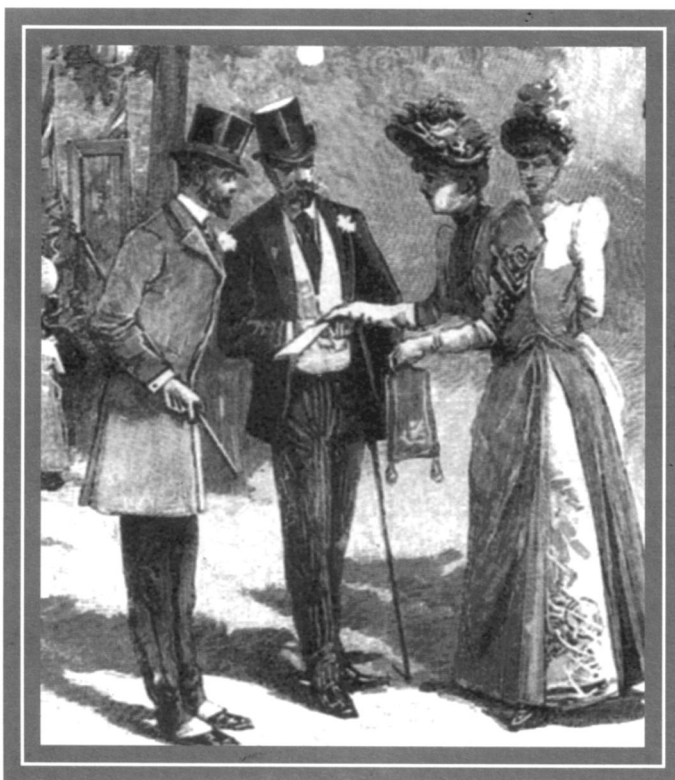
En definitiva, gran parte del problema apuntado procede de la dificultad de distanciarse en la medida justa de la realidad de un siglo XIX a la vez extraño y familiar para nosotros. Se trata de comprender que el proceso de construcción del capitalismo en España fue lento y tortuoso y que no culminó hasta bien entrado el siglo XX. En consecuencia, durante la mayor parte de la época liberal no se había completado aún la emancipación de la economía de su anterior dependencia con respecto a otras realidades.<sup>5</sup> Las relaciones de mercado eran aún en gran medida vicarias de relaciones como el parentesco, el patronazgo y la fidelidad personal, de modo que carece de sentido analizar la estructura social de aquella época con conceptos basados exclusivamente en la posición de los individuos frente al mercado o frente a las relaciones de producción. La historia social del siglo XIX es la historia de cómo va tomando forma esa estratificación social de raíz económica —la sociedad de clases— en la matriz de una sociedad fundada en otro tipo de vínculos.

<sup>2</sup> A. J. MAYER, *La persistencia del Antiguo Régimen*. Alianza, Madrid: 1984.

<sup>3</sup> Destacan a este respecto las aportaciones de P. BOURDIEU, *La reproduction*. Minuit, París: 1970 (en colaboración con J.-C. PASSERON); *La distinción. Criterios y bases sociales del gusto*. Taurus, Madrid: 1988.

<sup>4</sup> Como ejemplos logrados pueden señalarse los trabajos de G. LEVI, *La herencia inmaterial. La historia de un exorcista piemontés del siglo XVII*. Nerea, Madrid: 1990; y "Carrières d'artisans et marché du travail à Turin (XVIII<sup>e</sup>-XIX<sup>e</sup> siècles)". *Annales ESC*, 6 (1990), pp. 1351-1364.

<sup>5</sup> Siguiendo el esquema genético del capitalismo trazado por K. POLANYI, *La gran transformación*. La Piqueta, Madrid: 1989.



#### BURGUESES, ARISTÓCRATAS, NOTABLES

Con respecto a la definición de los grupos que dominaban la sociedad liberal, ni siquiera está fijada la terminología, sino que refleja en su variedad el desconcierto teórico que reina en esta materia: términos como élites, notables, oligarquía o clase dominante se mezclan con otros más específicos como aristocracia, burguesía, caciques, terratenientes...<sup>6</sup> La adopción preferencial de uno cualquiera de ellos prejuzga el tipo de élites que se van a estudiar.

Para el siglo XIX el término más frecuente es el de *burguesía*, que identifica el todo con una de sus partes. El uso de dicho término se hizo común en la historiografía europea después de la Segunda Guerra Mundial, a raíz de la propuesta de Labrousse en el Congreso Internacional de Ciencias Históricas de Roma (1955); la práctica generalizada desde entonces ha sido la de otorgar tal visibilidad y protagonismo a la burguesía, que su nombre se utiliza sin mayor problema para describir toda una época histórica.<sup>7</sup> Cuarenta años después, la crítica del concepto de burguesía ha sido abordada de forma sistemática en varios trabajos de Raffaele Romanelli.<sup>8</sup> El primer problema que plantea este término es el de su empleo para comparar diferentes casos nacionales, pues en el mundo anglosajón se trata de un con-

<sup>6</sup> Como muestra de este desconcierto, puede recordarse la diversidad terminológica detectada en las jornadas sobre *Metodología y fuentes para el estudio de las élites en España (1834-1936)* (Sedano, diciembre 1991), en donde se prefirió renunciar a un debate en profundidad sobre las opciones teóricas implícitas en el uso de conceptos como *élite* o *burguesía*.

<sup>7</sup> Recordemos libros como el de G. PALMADE (*La época de la burguesía*. Siglo XXI, Madrid: 1976), que abarca el periodo 1848-1890, o los dos volúmenes de la Historia de España de Alfagura (Alianza, Madrid: 1973) que cubren la época liberal: *La burguesía revolucionaria, 1808-1874* (de M. ARTOLA) y *La burguesía conservadora, 1874-1931* (de M. MARTÍNEZ CUADRADO).

<sup>8</sup> "Borghesia, Bürgertum, bourgeoisie. Itinerari europei di un concetto", en: J. KÖCKA (ed.), *Borghesie europee dell'Ottocento*. Marsilio, Venecia: 1989, pp. 69-94.

cepto importado y poco común, mientras que algunos autores alemanes distinguen entre *Bürgertum* y *bourgeoisie*. Es, además, un término cargado de adherencias valorativas e ideológicas, como no podía ser de otro modo, teniendo en cuenta que en su uso moderno fue introducido por Marx para denominar todo aquello contra lo que debía dirigirse la revolución del proletariado. Desde entonces, el concepto de *burguesía* ha vivido su propia existencia en el ámbito de las luchas políticas, cargándose de connotaciones —en general ajenas al trabajo de las ciencias sociales— hasta nuestros días. El concepto de burguesía no ha sido empleado por ningún grupo para autodefinirse, antes bien ha constituido una etiqueta crítica para denunciar un grupo de poder, un sistema de valores conservador, un modo de vida acomodado o una actividad empresarial tachada de explotadora.

Con estos precedentes, no debe extrañarnos que la definición de la burguesía por parte de las ciencias sociales sea muy problemática, como ha señalado Alberto Banti.<sup>9</sup> El tipo ideal del burgués sociológico de Weber y Sombart vendría definido por su actitud racionalista y calculadora, su modo de vida frugal y ahorrador, su espíritu emprendedor y su propensión a innovar en pos del máximo beneficio, aun a costa de asumir los riesgos que fuera razonable asumir. La economía académica dominante, de raíz neoclásica, ha reforzado la creencia en este modelo ideal del “burgués”, al trabajar sobre la base de imaginar un *homo economicus* plenamente racional, carente de condicionantes sociales o culturales, y sin otros sentimientos que el deseo de perseguir los fines que le marca el sistema capitalista (por lo general reducidos a la búsqueda de la máxima ganancia individual inmediata). Se trata —todo el mundo lo sabe— de un tipo ideal, de una abstracción con fines analíticos, que no tiene por qué coincidir exactamente con la realidad; pero el uso continuado de semejante modelo ha llevado a un reduccionismo psicológico tal que muchos historiadores se han permitido trasladarlo al estudio de sociedades concretas, detectando la presencia de “burgueses típicos” en unos casos y su ausencia en otros. Es creciente, sin embargo, la evidencia empírica de que el tipo de comportamientos que definen al burgués de los sociólogos y de los economistas no fueron predominantes en la sociedad europea del siglo XIX, y que el tan traído y llevado “burgués” ni siquiera ayuda a comprender mejor la dinámica social de aquella época.

Diversos autores han señalado aspectos del comportamiento de los individuos de la burguesía que no correspondían a las previsiones de los tipos ideales: por ejemplo, la incesante búsqueda de los símbolos tradicionales del estatus social (tierras, títulos, colecciones...), o bien la tendencia a la imitación y al conservadurismo tecnológico, o la práctica del paternalismo en las relaciones laborales. Por

<sup>9</sup> A. M. BANTI, *Terra e denaro. Una borghesia padana dell'Ottocento*. Marsilio, Venecia: 1989, pp. 3-19.



otra parte, recientes aportaciones de la teoría microeconómica matizan la idea abstracta de un *homo economicus* plenamente racional, aludiendo a la complejidad del marco en el que se toman las decisiones, la incertidumbre derivada de los problemas de circulación de la información y, en definitiva, la imposibilidad práctica de realizar la operación de “maximizar”.<sup>10</sup>

La investigación va poniendo en entredicho la existencia de un paradigma de *burgués* válido para la Europa del siglo XIX. Los trabajos históricos más recientes subrayan la pervivencia entre burguesías tan características como las de Francia e Inglaterra de culturas, mentalidades y actitudes sociales que suelen considerarse propias de la aristocracia en tanto que depositaria de los valores del pasado, de manera que la burguesía se diluye en el conjunto de las élites como un componente más, difícil de aislar.<sup>11</sup> Y al mismo tiempo, ponen en entredicho la especificidad de casos como el alemán, señalando que también allí la burguesía tenía una cierta identidad social diferenciada, aunque en el marco de una subordinación a la aristocracia y una especial relación con el Estado que ya había puesto de manifiesto la historiografía tradicional.<sup>12</sup>

Por otro lado, el término de *burguesía*, aplicado al siglo XIX, parece inseparable del debate sobre la existencia o no de una *revolución burguesa* según el modelo propuesto por el marxismo. Dicho modelo supone que para pasar del régimen feudal al régimen capitalista ha de producirse un asalto violento al poder por parte de la burguesía, que procederá desde el Estado a reformar las instituciones, la economía y la sociedad en un sentido liberal. Este proceso, ejemplificado por la Revolución Francesa de 1789, tendría que tener lugar en todos los países sobre bases similares, suposición que invita a buscar explicaciones para todas aquellas evoluciones históricas que se separan del modelo: así, para el caso británico, en donde el protagonismo de las revoluciones del siglo XVII parece haber recaído más bien sobre sectores de la nobleza; o para el caso prusiano, en donde no hay conquista violenta del poder, sino que es un Estado de base aristocrática el que propicia la modernización económica; o para los casos de países “periféricos” y “atrasados” como España, en los que la debilidad de las burguesías autóctonas impide describir el proceso en términos de *revolución burguesa*. Son, sin embargo, estos países con escasa implantación de la “burguesía” los que protagonizaron la mayor parte de las revoluciones liberales del siglo XIX: España, Italia, Portugal, Grecia, Polonia, Hungría...<sup>13</sup>

Finalmente, en el propio caso de Francia apenas es identificable un protagonismo burgués en la revolución, pues se trata de un movimiento complejo en el que conviven un movimiento campesino, un movimiento de los pe-

<sup>10</sup> S. FIDDLE (ed.), *Uncertainty. Behavioral and Social Dimension*. Praeger, Nueva York: 1980; H. A. SIMON, *Causalità, razionalità, organizzazione*. Il Mulino, Bologna: 1985; J. Elster, *Juicios salomónicos*. Gedisa, Barcelona: 1991.

<sup>11</sup> J.-P. CHALINE, *Les bourgeois de Rouen. Une élite urbaine au XIX<sup>e</sup> siècle*, FNSP, París: 1982; A. DAUMARD, *Les bourgeois et la bourgeoisie en France depuis 1815*. Aubier, París: 1987; W. S. RUBINSTEIN, *Elites and the Wealthy in Modern English History*. St. Martin's, Nueva York: 1987.

<sup>12</sup> J. KÖCKA, “The European Pattern and the German Case”, en: J. KÖCKA y A. MITCHELL (eds.), *Bourgeois Society in Nineteenth-Century Europe*. Berg, Oxford/Providence: 1993, pp. 3-39.

<sup>13</sup> J. ÁLVAREZ JUNCO, “A vueltas con la Revolución Burguesa”. *Zona Abierta*, 36-37 (1985), pp. 81-106.

queños artesanos independientes de las ciudades y un movimiento de una parte de las élites ilustradas en el que se mezclan elementos burgueses, profesionales y aristócratas, unidos por sus aspiraciones de reforma política. Individuos burgueses y aristócratas los hubo tanto entre los partidarios como entre los adversarios de la revolución; y en cuanto a la burguesía propiamente dicha, la gran burguesía comercial y financiera, apenas participó en el proceso revolucionario, que fue más bien obra de funcionarios y abogados.<sup>14</sup>

Teniendo presente la experiencia histórica de España, el concepto de *burguesía* presenta aún algún inconveniente más. Al igual que ocurre en Italia, en España cuando se habla de la burguesía es muchas veces para subrayar su escasez, su debilidad, su fragmentación, la insuficiencia de su “espíritu burgués” y las limitaciones de su acción transformadora, reemplazada por un pacto con el orden social heredado del Antiguo Régimen. Utilizar el concepto de burguesía para denunciar el incumplimiento de la supuesta “misión histórica” atribuida a esa clase significa prejuzgar demasiadas cosas, como la existencia de una vía única de progreso simbolizada por la evolución histórica de Francia e Inglaterra, y la obligación incumplida de un grupo social concreto de realizar para su nación un destino fijado *a posteriori*. Decir burguesía es decir revolución y liberalismo, es decir capitalismo e industrialización, y todo lo que no sea eso conlleva la denuncia de una “traición”, con la cual se resuelven –tanto en España como en Italia– el problema de las raíces del atraso económico y el problema de la crisis del Estado liberal frente a opciones autoritarias.

Si descartamos el uso del concepto de “burguesía”, nos quedan otras posibilidades de definición de las élites, como sería la de un grupo definido por criterios jurídicos, la *aristocracia*. Existe una abundante bibliografía orientada hacia el estudio de los grupos nobiliarios europeos de la Edad Moderna; pero es mucho menos abundante sobre los nobles en la Edad Contemporánea, como respuesta al hecho de que en el siglo XIX la *nobleza* deja de existir como estamento y empieza a haber sólo *familias nobles*: la aristocracia de la época liberal se inserta en la sociedad de acuerdo con criterios no estamentales. En efecto, a lo largo del siglo XIX parece haberse producido un declive de la aristocracia: las condiciones políticas, económicas y demográficas del XIX llevaron a la extinción de la nobleza en todos los países, si bien en todos quedaron nobles y su respuesta ante la crisis fue desigual.

Con la revolución liberal la nobleza perdió sus antiguos privilegios jurídicos y fiscales, al tiempo que el tamaño del grupo disminuía drásticamente, quedando reducido a la exigua minoría de la aristocracia con título. Con la eliminación del señorío perdieron el poder jurisdiccional. Y con la

<sup>14</sup> F. FURET y D. RICHEL, *La Revolución Francesa*. Rialp, Madrid: 1988.



desvinculación entraron en un proceso de decadencia económica que muy pocas casas consiguieron atajar a base de adaptarse a la racionalidad económica del capitalismo.<sup>15</sup> Una crisis demográfica de largo plazo servía de telón de fondo para este retroceso del poder de los grandes.<sup>16</sup>

La aristocracia, pues, constituiría sólo una parte de las élites, y probablemente no la más significativa, en el sentido de que su comportamiento —si se aísla del resto de las élites— no da cuenta de la forma en que se adquiría y se reproducía la posición social en la Europa del XIX. En una palabra: no es “el siglo de la burguesía”, pero ello no permite afirmar que el siglo fuera de la aristocracia, como parece sugerir Arno Mayer.

En definitiva, no existen entre 1808 y 1939 una burguesía y una aristocracia como grupos diferenciados. El tipo de actividades económicas, de compromisos políticos y de consumos culturales eran prácticamente los mismos para los miembros de la élite que poseían título nobiliario y los que no. La propuesta de Jürgen Kocka de identificar una “cultura burguesa” como principal rasgo diferenciador del grupo no se sostiene —al menos en el caso de España— a la vista de análisis como el dedicado por Gary McDonnogh a las “buenas familias” de Barcelona.<sup>17</sup> La intensa mezcla matrimonial, el continuado proceso de concesión de títulos de nueva creación y la convivencia en espacios de sociabilidad compartidos, diluyen a los nobles en una nueva élite, amalgama de viejos y de nuevos elementos en la que no se aprecia el predominio de ningún componente sobre los demás.

Bajo el Estado liberal la aristocracia fue un grupo mayoritariamente formado por políticos, militares y especuladores, grupo cortesano por definición, cuyo poder procedía de la cercanía al monarca y del destacado protagonismo que el sistema constitucional español concedía a la Corona. El título era un mero instrumento de poder simbólico; venía ligado al reconocimiento de un poder anterior que se quería sancionar, reforzar y hacer irreversible; servía para el “envejecimiento” de la familia y para facilitar el acceso a la red social de las élites del momento. Era esta vida de relación la que se buscaba y no el título en sí; una vida de relación esencial para adquirir y reproducir el poder, pues por los vínculos de la confianza personal circulaba la mayor parte del crédito en una época de escasa institucionalización de los mecanismos financieros; y por esos mismos vínculos privados circulaba la confianza fundamental para formar coaliciones políticas, para acceder al entorno del monarca, para conectarse con el favor del Estado, de donde emanaban subvenciones, concesiones y exenciones que paliaban las debilidades de los negocios capitalistas en el país.

<sup>15</sup> I. ATIENZA, *Aristocracia, poder y riqueza en la España moderna. La Casa de Osuna, siglos XV-XIX*. Siglo XXI, Madrid: 1987; del mismo autor: “Pater familias, señor y patrón: oeconomía, clientelismo y patronato en el Antiguo Régimen”, en R. PASTOR (comp.), *Relaciones de poder, de producción y de parentesco en la Edad Media y Moderna*. CSIC, Madrid: 1990, pp. 411-458; A. BAHAMONDE, “Crisis de la nobleza de cuna y revolución burguesa (1840-1880)”, en: L. E. OTERO y A. BAHAMONDE (eds.), *Madrid en la sociedad del siglo XIX*, Comunidad de Madrid/Alfoz, Madrid: 1986, vol. I, pp. 325-376.

<sup>16</sup> Crisis detectada por G. DELILLE en su “Introduction” a *Les noblesses européennes au XIX<sup>e</sup> siècle*. École française de Rome, Roma: 1988, pp. 1-12. He reunido algunos datos relativos al caso español en mi artículo “Aristócratas en tiempos de Constitución”, en: J. DONÉZAR y M. PÉREZ LEDESMA (eds.), *Antiguo Régimen y liberalismo. Homenaje a Miguel Artola. 2: Economía y Sociedad*. Alianza/Universidad Autónoma de Madrid, Madrid: 1995, pp. 615-630.

<sup>17</sup> G.W. McDONNOGH, *Las buenas familias de Barcelona. Historia social de poder en la era industrial*. Omega, Barcelona: 1989.



En cuanto a la pequeña nobleza, apenas es posible reconocerla una vez que desaparecen los privilegios estamentales; pero sus sucesores parecen haber constituido un grupo intermedio con un papel importante en el mundo rural.<sup>18</sup> La caracterización de Pedro Ruiz Torres para el caso valenciano parece una fórmula válida para resumir la desigual evolución de la nobleza en la España liberal: una crisis profunda de la aristocracia procedente del Antiguo Régimen; la obtención de títulos nobiliarios por parte de muchas familias como coronamiento de su éxito económico, su ascensión social y su poder político; y un relativo mantenimiento de la influencia local de las familias procedentes de la pequeña nobleza.<sup>19</sup>

Ciertamente, el cambio de escala que supone pasar de la visión nacional a la local no es indiferente en cuanto a los fenómenos observables ni en cuanto a la adecuación de unos u otros conceptos de análisis. Los estudios sobre el poder local, especialmente cuando se centran en poblaciones pequeñas, muestran una dinámica social marcada por la ambigüedad y por la continuidad. Es en ese ámbito en donde se ha recurrido con frecuencia a otra posibilidad conceptual para la definición de las élites: hablar de los *notables*. Es un concepto creado sobre todo para describir la realidad francesa del siglo XIX.<sup>20</sup> El término adquiere sentido a partir del momento en que lo esencial deja de ser el estatuto jurídico y pasa a ser la influencia de hecho, por lo que puede agruparse bajo una misma denominación a una parte de la antigua nobleza y a una gran parte de la burguesía; se trata de un grupo heterogéneo, pues esa influencia de hecho puede proceder tanto de la riqueza como del prestigio, el linaje o la posesión de cargos públicos. En todo caso, habría un rasgo común, que consistiría en la posición de intermediarios que ocupan los notables, canalizando las relaciones entre la comunidad local y el mundo exterior.

En España el concepto de notables apenas ha sido utilizado en las investigaciones sobre el periodo liberal, a pesar de que no resulta difícil encontrarle un reflejo en la realidad social de la época.<sup>21</sup> Por el contrario, la descripción de las élites rurales se ha basado preferentemente en la referencia a dos fenómenos concretos bien delimitados, como son el monopolio del poder municipal (que lleva a hablar de la *oligarquía*) y la propiedad de la tierra (que lleva a hablar de los *propietarios*). El resultado es que tenemos una imagen historiográfica de las élites del XIX en la cual se privilegian esos dos hechos: el control del poder político a escala local y la posesión del recurso productivo fundamental para una sociedad agrícola. Ello ha llevado a pensar las élites españolas del XIX en términos de un acusado inmovilismo y una identificación casi exclusiva con la gran propiedad, conclusión predeterminada por el tipo de instrumentos conceptua-

<sup>18</sup> A. M. BERNAL, "La petite noblesse traditionnelle et son rôle économique-social au milieu du XIX<sup>e</sup> siècle: l'exemple des Santillan". *Mélanges de la Casa de Velázquez*, X (1974), pp. 387-420; M. T. PÉREZ PICAZO, "La pequeña nobleza urbana en la transición del antiguo al nuevo régimen, 1750-1850. El caso de Murcia", en *Les noblesses*, pp. 473-528. BANTI, *Terra e denaro*, pp. 181-199.

<sup>19</sup> P. RUIZ TORRES, "La aristocracia en el País Valenciano: la evolución dispar de un grupo privilegiado en la España del siglo XIX", en *Les noblesses*, pp. 121-135.

<sup>20</sup> Entre la abundante bibliografía francesa al respecto, son clásicos los libros de A.-J. TUDESQ (*Les Grands notables en France (1840-1849)*. PUF, París: 1964) y de L. BERGERON y G. CHAUSSINAND-NOGARET (*Les "Masses de granit": cent mille notables du Premier Empire*. EHESS, París: 1979).

<sup>21</sup> Algunas excepciones son libros como los de I. BURDIEL (*La política de los notables (1834-36)*. Alfons el Magnànim, Valencia: 1987), J. PAN-MONTOJO (*Carlistas y liberales en Navarra (1833-1839)*. Príncipe de Viana, Pamplona: 1990) y M. T. PÉREZ PICAZO ("De regidor a cacique: las oligarquías municipales murcianas en el siglo XIX", en: P. SAAVEDRA y R. VILLARES (eds.), *Señores y campesinos en la Península Ibérica, siglos XVIII-XX, I: "Os señores da terra"*. Crítica, Barcelona: 1991, pp. 16-37).

les aplicados y por el tipo de fuentes a las que se ha recurrido (documentos fiscales, por un lado, y documentos surgidos de la actividad de los ayuntamientos, por otro). Existen otras vías de acceso a las élites del siglo XIX, que constituían un mundo más dinámico de lo que se ha venido pensando, de manera que los términos de oligarquía y propietarios no pueden tomarse sino como enunciación de partes de esas élites.

#### LAS ÉLITES DE LA SOCIEDAD LIBERAL

Vistos los inconvenientes de definir *a priori* las características de un grupo social, parece preferible no dar por supuestas unas normas de comportamiento que definan la composición de las élites, sino considerar que pertenecen a esas élites todos los grupos que poseen el poder en una sociedad, en sus distintas manifestaciones. Este término de *élites* viene ligado a la teoría de las élites, elaborada por la sociología clásica italiana, principalmente por Pareto y Mosca.<sup>22</sup> Sus escritos son llamadas al “realismo” político, intentando ahuyentar las utopías sociales del momento, en las que veían grandes peligros: si, prescindiendo de las apariencias institucionales y del idealismo de los discursos, atendemos a la realidad del poder –nos dicen– encontraremos que en toda sociedad existe una minoría (la élite) que gobierna a la masa.

Pero la mayor aportación de la obra de Pareto suele considerarse su teoría de la circulación de las élites: las élites envejecen y se anquilosan cuando se aferran al poder y no se muestran flexibles para facilitar el ascenso de los miembros más capaces de las masas; tan pronto como se produce esta aristocratización, empieza a formarse entre las masas una élite subalterna que acabará desplazando a la élite gobernante en virtud de su mayor capacidad, ambición y valor. La sociedad ideal del liberalismo era ese mundo de igualdad de oportunidades en el que los méritos personales se veían reconocidos con el ascenso social, de modo que el poder estaba siempre en manos de los mejores. No era una sociedad igualitaria, pero era el ideal de justicia de las élites de la época liberal; las revoluciones y la crisis general de civilización que afectó a aquel mundo en los primeros decenios del siglo XX fueron achacadas al olvido de los mecanismos de movilidad social propios del liberalismo, al haber adoptado las élites formas de comportamiento similares a las de la aristocracia del Antiguo Régimen. Toda la historia del siglo XIX sería, pues, la del ciclo de aristocratización y decadencia de las nuevas élites, entre la revolución liberal y la revolución democrática.

Tanto Mosca como Pareto eran autores de extracción

<sup>22</sup> W. PARETO, *Trattato di sociologia generale*. Barbèra, Florencia: 1916; G. MOSCA, *La clase política* (1939). FCE, México: 1984.



aristocrática y de ideología liberal, por lo que sus escritos aportan una visión *emic* de aquella época (desde un país como Italia, con ciertas analogías históricas con España); sus propuestas encarnan los valores de la vieja sociedad aristocrático-liberal del XIX, que se estaba derrumbando frente al empuje de la democracia y del socialismo y, en ese sentido, son textos de un inestimable valor para caracterizar los grupos dominantes del siglo XIX. El término de *élites*, pues, no procede de una arbitrariedad erudita y barbarizante, sino que responde a la visión que de sí mismos tuvieron los tratadistas de aquel mismo grupo.

Por otro lado, el término *élites* subraya el carácter pluri-dimensional de los grupos dirigentes. En el estado actual de la historiografía contamos con algunos datos —o algunas dimensiones— para definir esas élites: el dato económico (patrimonio y rentas), el dato político (cargos públicos y poder institucional) y el dato jurídico (títulos nobiliarios). Pero existe una cuarta dimensión que los historiadores han descuidado hasta ahora, quizá por la dificultad de rastrearlo en las fuentes disponibles: se trata de la dimensión *social*, de la lógica propiamente social de producción de las élites. Indicios de ese tipo de notoriedad pueden encontrarse en fuentes como los anuarios mundanos, los “ecos de sociedad” de la prensa, la concesión de distinciones, honores y condecoraciones... Todo ello permite aproximarse al hecho de la notabilidad social, de que, independientemente del hecho político, económico o jurídico, la pertenencia a la élite social ha de ser *reconocida* por la sociedad para ser efectiva.

El reconocimiento social del que venimos hablando se da en las relaciones personales de los individuos, en donde cada uno exhibe sus atributos y símbolos de estatus para que sean admirados y admitidos como tales, tanto por sus iguales (cooptación) como por sus inferiores (sumisión). Son, pues, las relaciones sociales las que tienen que ser investigadas para desvelar la lógica de acceso a una posición de élite. A la vista de los inconvenientes derivados de cualquier tipo de clasificación *a priori* de los individuos, parece preferible prescindir de definir cuáles son los límites del colectivo según criterios de riqueza, ocupación o estatuto jurídico. Por el contrario, sabemos que la formación de cualquier grupo social exige la existencia de alguna forma de confianza y de conciencia colectiva entre sus miembros, que se plasme en un lenguaje específico; y esa confianza y esa conciencia surgen de las experiencias individuales, de la relación continuada entre los individuos. Sólo reconstruyendo las relaciones sociales concretas que existían entre las personas, podremos deducir de esas relaciones si existían algún tipo de rupturas, de agrupaciones humanas cohesionadas por una solidaridad especial, y así inducir cuáles

eran los criterios según los cuales se formaban jerarquías o estratificaciones sociales.

Este punto de vista parece adecuarse especialmente al estudio de la España liberal, pues se trata de un periodo durante el cual se produce un cambio profundo en las formas de estratificación social. Si en los inicios del periodo (hasta 1833) todavía conservaba vigencia el modelo estamental, en los primeros decenios del siglo xx la agudización de los conflictos sociales muestra que las élites se han aglutinado hasta formar una *clase* social. Santos Juliá ha mostrado con el caso de Madrid cómo fueron las luchas sociales del primer tercio del siglo xx, que culminaron en los años de la Segunda República, las que acabaron por forjar la clase obrera en España.<sup>23</sup> Se trata, claro está, de un concepto de clase social basado en la experiencia colectiva, de la que surge la conciencia de clase; un concepto como el propuesto por Thompson, cuya pertinencia para el caso español ha sido subrayada por Pérez Ledesma.<sup>24</sup> Este proceso de formación de una clase obrera encuentra su correlato en el grupo antagónico de la lucha social del periodo 1917-36: las élites van cerrando filas ante la amenaza obrera y campesina, adoptando una ideología y un lenguaje de clase, transformando sus lugares de sociabilidad en verdaderas organizaciones patronales, presionando con virulencia creciente sobre los poderes públicos... Si el marco institucional que permitía el surgimiento de una sociedad de clases estaba definido desde la primera mitad del siglo xix, las clases que habían de llenarla de contenido no surgieron hasta el primer tercio del xx, y esa cronología es válida tanto para la clase obrera como para las élites.

Desde que en 1840 se completara la revolución liberal en España, el concepto de *clase* se había ido imponiendo progresivamente como instrumento para describir la nueva estructura de la sociedad, si bien con contenidos y significados muy diversos. “Clases acomodadas”, “clases ricas”, “clases poseedoras” o “clase elevada” son algunos de los términos empleados en la segunda mitad del siglo xix para referirse a las élites. A partir del Sexenio Revolucionario (1868-74), las anteriores concepciones jerárquicas en las que se integraban las “clases” mencionadas dejaron paso a un predominio de las visiones dicotómicas. Incluso desde las filas conservadoras, la visión social dualista marcó el periodo 1874-1936: los escritos de Donoso Cortés, del padre Coloma, Balmes o Bravo Murillo se expresan en términos de ricos y pobres –implícitamente de “nosotros” y “ellos”– para referirse a la amenaza revolucionaria y conjurarla modificando las actitudes de la clase más favorecida. Estas representaciones clasistas y dicotómicas acabaron incidiendo decisivamente sobre la realidad, pues permitieron formular y asumir programas e ideologías que determi-

<sup>23</sup> S. JULIÁ, *Madrid, 1931-34. De la fiesta popular a la lucha de clases*. Siglo XXI, Madrid: 1984. Un planteamiento comparable es el que se deduce del trabajo de A. SHUBERT, *Hacia la revolución. Orígenes sociales del movimiento obrero en Asturias (1860-1934)*. Crítica, Barcelona: 1984.

<sup>24</sup> M. PÉREZ LEDESMA, “Clases sociales e historia. Algunas precisiones en torno a un concepto”, en: J. L. GARCÍA DELGADO (ed.), *La crisis de la Restauración: España, entre la Primera Guerra Mundial y la Segunda República*. Siglo XXI, Madrid: 1986, pp. 417-429.



narían el comportamiento de los actores sociales hasta la Guerra Civil, impulsando la efectiva partición de la sociedad en dos bloques antagónicos con conciencia de clase.<sup>25</sup>

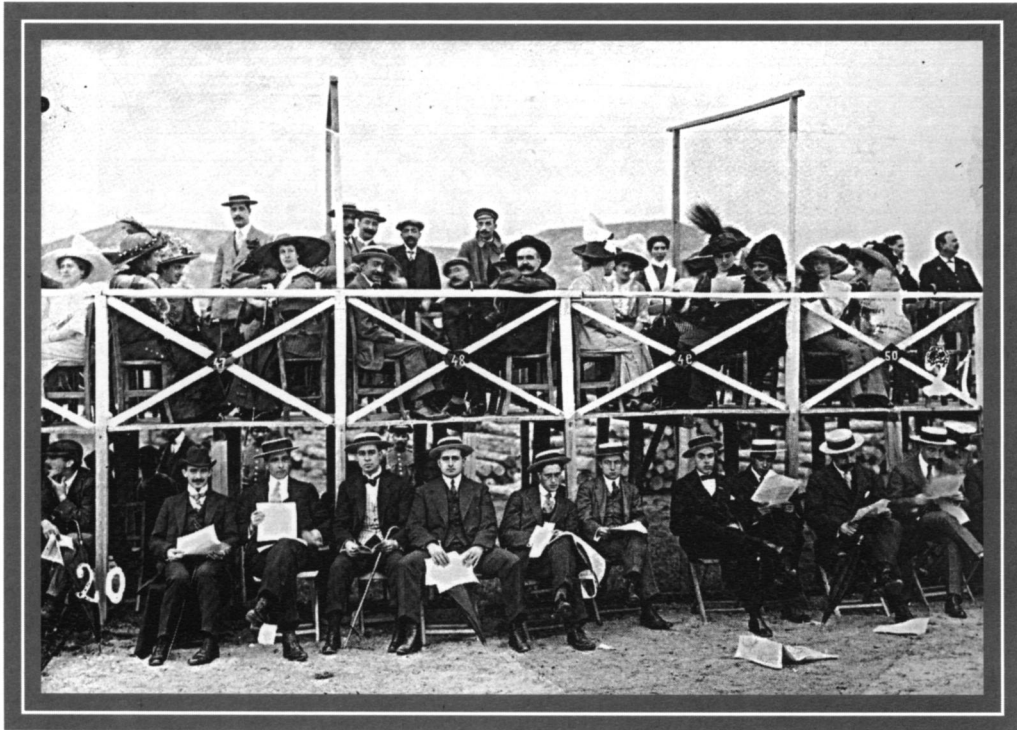
Cabe preguntarse por la definición de esa clase dominante que surge en España en el primer tercio del siglo xx. Ciertamente, su caracterización como propietarios de los medios de producción ofrece un rasgo fundamental, el de su poder económico, aunque escamotea otros, como el de la diversidad de los capitales que poseían y la diversidad de actitudes ante la gestión de los mismos. Si esa caracterización resalta la ruptura con los desposeídos de las clases obreras y el campesinado, la caracterización como “poderosos” con acceso a cargos públicos resalta la frontera que les separaba del *pueblo* excluido del poder del Estado. Pero ninguno de los dos acercamientos explica suficientemente la cohesión del grupo ni su toma de conciencia como tal.

La cohesión de una clase procede de los vínculos que unen a sus miembros unos con otros. La conciencia de clase resulta de la comunicación intensa de ideas y de experiencias en las relaciones personales, que permiten reconocer la cercanía de intereses, puntos de vista y problemáticas vitales. La cultura común de la clase se refiere al conjunto de los valores compartidos en virtud de su recepción por canales de comunicación directa, así como de la vigilancia que parientes, amigos y vecinos ejercen día a día sobre la adecuación de las conductas individuales a dicho sistema de valores. La clase no surge espontáneamente de una similitud de condiciones económicas, ni es el fruto automático de una situación de conflicto; pero, ciertamente, la comunidad de condición facilita el que, ante un conflicto, se movilicen los recursos relacionales disponibles para afrontar la defensa de los intereses comunes. La familia y la amistad juegan entonces un papel primordial, uniendo a cada individuo con los demás en una vasta red de relaciones que se reconoce a sí misma como clase. La historia social de la época liberal es la del proceso de conexión de esas redes que, en un momento histórico concreto cristalizan en la formación de verdaderas clases por efecto de las luchas sociales.

#### EL OFICIO, LA CLASE, LA RED

El trabajo de la historia social ha girado tradicionalmente en torno al estudio de grupos humanos definidos por criterios de homogeneidad profesional o de ingresos. En unos casos los individuos aparecían agrupados en *clases*, bien fuera bajo su concepción marxista, bien en la acepción weberiana. En otros casos, huyendo de los problemas que implicaba la división de las sociedades históricas en clases definidas, se recurría a una unidad de análisis menos com-

<sup>25</sup> Este análisis procede de M. PÉREZ LEDESMA, “La imagen de la sociedad española a fines del siglo xix”, en: J. L. GUEREÑA y A. TIANA (eds.), *Clases populares, cultura, educación. Siglos xix-xx*. Casa de Velázquez/ UNED, Madrid: 1989, pp. 97-109; y “Ricos y pobres; pueblo y oligarquía; explotadores y explotados. Las imágenes dicotómicas en el siglo xix español”. *Revista del Centro de Estudios Constitucionales*, 10 (1991), pp. 59-88.



prometida, y más apegada al tenor literal de las fuentes: la *categoría socioprofesional*. Progresivamente, este segundo enfoque ha ido mostrando también sus limitaciones, derivadas del carácter estrictamente local (y por lo tanto no comparable) de muchas de las clasificaciones profesionales empleadas; derivadas también de la arbitrariedad de usar categorías creadas por funcionarios y administradores con fines precisos distintos del análisis social; y derivadas —sobre todo— del significado cambiante del dato profesional a lo largo de la historia. La atribución de un estatuto profesional tiene significaciones muy diferentes según el contexto, significaciones que van cambiando con el tiempo y que resultan distintas para las sucesivas generaciones, de modo que decir “un abogado” o “un comerciante” no indica por sí mismo situaciones idénticas de pertenencia a un cuerpo inmutable, sino un simple dato entre otros para ubicar a los individuos en la vida social.<sup>26</sup>

Por otro lado, el sentido común nos lleva a admitir que los individuos tienen un papel protagonista en la historia aunque a lo largo de sus vidas formen parte de grupos e instituciones de forma consciente o inconsciente. Para mantener la máxima vigilancia sobre el contenido de las categorías que utilizamos parece prudente recordar que sólo cuan-

<sup>26</sup> En la línea apuntada por S. CERUTTI, *La ville et les métiers. Naissance d'un langage corporatif* (Turin, 17e-18e siècle). EHESS, Paris: 1990.

do un conjunto de individuos toma conciencia de su homogeneidad de posición social, moldea esta conciencia en una serie de experiencias colectivas, y la expresa en un lenguaje corporativo, entonces crean un sujeto histórico colectivo derivado de esa experiencia. Los trabajos que analizan la historia de un grupo social han caído a veces en la “reificación” del grupo en función de la existencia de un nombre que lo define; a partir de ahí, el colectivo se estudia como un cuerpo que se perpetúa con límites definidos, del cual los individuos no serían más que miembros o participantes. Se trata de una inercia reduccionista que prescinde del hecho de que en cualquiera de los grupos estudiados conviven individuos con experiencias en parte diferentes y en parte compartidas.

El problema, por tanto, es el de la insuficiencia de los análisis de historia social basados en la definición previa de unos límites que dividen a la población en grupos sociales. La amplia bibliografía crítica de este tipo de enfoques es reflejo de la insatisfacción de los sociólogos e historiadores sociales con las dos versiones fundamentales de este punto de vista: la visión marxista tradicional de la lucha de clases, por un lado; y por otro el estructural-funcionalismo, que presenta las sociedades humanas como sistemas de grupos que actúan de acuerdo con roles sostenidos por valores y sanciones que mantienen el equilibrio. Por el contrario, leer libros de historia nos lleva a adquirir la impresión creciente de que existen muchas conductas y relaciones sociales que no pueden ser explicadas en esos términos, y que sólo la atención a los casos particulares, incluidos los casos extremos y excepcionales, nos puede acercar al conocimiento de cómo funcionan las relaciones entre las personas. De ahí la pertinencia de la propuesta microanalítica lanzada por Carlo Ginzburg y Carlo Poni en favor de una historia que siga al individuo concreto a través de los diferentes contextos en los que se mueve, en lugar de subsumirlo en el anonimato de las series, los cuadros estadísticos y las estructuras abstractas.<sup>27</sup>

Un cambio de enfoque que supere las deficiencias de la historia social tradicional debería partir del análisis de personas y relaciones, considerando que grupos, profesiones o clases deben ser más bien un punto de llegada que un dato *a priori*. La concepción teórica que subyace a este enfoque es que la *relación social* no es algo definido por un observador externo según atributos homogéneos de carácter económico o cultural, sino que es una relación real experimentada por los individuos en sus vidas: la relación social resulta de la interiorización de la experiencia del contacto con otros (uno a uno). Y parece necesario adaptar el método de estudio de las relaciones sociales a las características de dicho objeto.

<sup>27</sup> C. GINZBURG y C. PONI, “El nombre y el cómo: intercambio desigual y mercado historiográfico” (1979). *Historia Social*, 10 (1991), pp. 63-70.

Si renunciamos a partir de una definición estricta de las fronteras de los grupos sociales y a adjetivarlos con apelativos socioprofesionales que prejuzguen su comportamiento, es sobre todo para evitar proyectar hacia las sociedades del pasado categorías de pensamiento y formas de jerarquización social propias de otro contexto: o bien conceptos creados con fines ideológico-políticos, o bien conceptos actuales cuya trasposición al pasado resulta anacrónica. Para huir de este problema, hay que definir primero los vínculos sociales específicos que unen a unas personas con otras, reconstruir las relaciones sociales concretas y tratar de definir su contenido, intensidad y demás características relevantes. Esto es en síntesis lo que vienen haciendo desde los años cincuenta los sociólogos, antropólogos y psicólogos del llamado *network analysis*, de cuya experiencia han empezado a extraer los historiadores importantes enseñanzas para aplicar a la historia social.

#### ANALIZANDO REDES<sup>28</sup>

Los fundadores de este tipo de análisis propusieron estudiar cómo se estructuran las relaciones interpersonales, cómo pueden ser manipuladas para alcanzar fines y solucionar problemas de los individuos y cómo se organizan las coaliciones que éstos construyen para alcanzar sus objetivos. Ello significa prestar una atención preferente a la red de amigos, parientes, vecinos y compañeros de trabajo y a los contactos, negociaciones, rumores y maniobras que se desarrollan entre ellos. Desde este punto de vista, el individuo deja de ser un simple miembro de grupos e instituciones, que obedece pasivamente sus normas; por el contrario, adopta más el aspecto de un empresario que manipula las normas y las relaciones para su propio beneficio.

El principio básico del *network analysis* consiste en no utilizar clasificaciones *a priori* de los individuos en un cierto número de categorías sociales basadas en atributos, sino más bien partir de un conjunto de relaciones, de las cuales se derivarán conclusiones y tipologías sobre la estructura social. Efectivamente, las relaciones personales pueden ser consideradas como el principal factor de estratificación social. Los grupos socioprofesionales son mucho menos significativos, porque no definen los vínculos más intensos experimentados por los individuos en sus propias vidas; es decir, que probablemente muchos españoles de los siglos XIX y XX no han reconocido como prioritaria su adscripción a ninguno de los grupos en los que los historiadores han intentado encasillarlos, sino que más bien definen su lugar en la sociedad partiendo de los vínculos concretos establecidos con otros individuos, como el parentesco, la vecindad, la

<sup>28</sup> Entre la bibliografía general del *network analysis* que considero más útil, quiero subrayar los trabajos de J. C. MITCHELL, ed. (*Social Networks in Urban Situations. Analyses of Personal Relationship in Central African Towns*. Manchester University Press, Manchester: 1969), J. BOISSEVAIN y J. C. MITCHELL, eds. (*Network Analysis: Studies in Human Interaction*. Mouton, La Haya: 1973), J. BOISSEVAIN (*Friends of Friends: Networks, Manipulators and Coalitions*. Blackwell, Oxford: 1974), R. S. BURT y M. J. MINOR, eds. (*Applied Network Analysis. A Methodological Introduction*. Sage, Beverly Hills: 1982) y B. WELLMAN y S. D. BERKOWITZ, eds. (*Social Structures: A Network Approach*. Cambridge University Press, Cambridge: 1988).

amistad, la comunidad religiosa, lingüística o política, la edad o el género.<sup>29</sup> De ahí la importancia de los enfrentamientos sociales debidos a razones religiosas, lingüísticas, ideológicas o de identidad nacional, comparables en intensidad a los conflictos de raíz económica en los que la adscripción socioprofesional puede ser representativa. La diversidad de experiencias individuales, recorridos vitales, memorias familiares, etc., hace que la identidad de clase o de grupo socioprofesional no resulte algo evidente, sino una construcción que aparece en un momento histórico en virtud de circunstancias determinadas que hay que aclarar. La confianza entre los individuos, que es la base de su cohesión en grupos y de su adhesión a las instituciones, es una situación que aparece sólo cuando se dan ciertas condiciones, que deben ser estudiadas a partir de casos históricos concretos, en lugar de dar la confianza por supuesta.

Los vínculos de carácter primario que se establecen entre los individuos (amistad, parentesco, consanguineidad...) permiten reconstruir la estructura interna de un colectivo. Algunos estudios han mostrado que existen instituciones y asociaciones políticas que utilizan redes preexistentes (familiares, raciales...) para fundamentar su cohesión y su funcionamiento fluido; de manera que el análisis de las relaciones no sólo sirve para estudiar grupos, sino también para estudiar instituciones, con importantes ventajas respecto al análisis tradicional en términos de clase o de grupos socioprofesionales. La organización de los partidos progresista y moderado en la España de Isabel II, por ejemplo, parece responder en gran medida a esta lógica de redes personales, una vez descartada la hipótesis de una adscripción socioprofesional distinta de las bases de ambos grupos; en muchas localidades moderados y progresistas eran sólo etiquetas ideológicas que recubrían facciones o ligas preexistentes de familias notables, que venían rivalizando por el poder desde el Antiguo Régimen.<sup>30</sup>

En síntesis, pues, el análisis de redes de relaciones sociales consiste en estudiar los grupos humanos prestando atención a los vínculos que existen entre ellos más que a sus características intrínsecas, y en utilizar el estudio de esos vínculos para explicar la conducta de las personas: las configuraciones sociales del tipo de coaliciones, grupos, instituciones o sociedades enteras, deben ser vistas como redes constituidas por individuos que compiten por unos recursos escasos. Esto no es una teoría social, sino una forma de ver las relaciones sociales; el conjunto de relaciones en las que un individuo está comprometido se ve como una red, de modo que —abstrayendo mucho— podría representarse gráficamente como un conjunto de líneas (las relaciones) que ponen en contacto a puntos (los individuos).

El ámbito social de cada persona se representa en la red

<sup>29</sup> Una crítica del valor de las categorías socioprofesionales puede encontrarse en M. GRIBAUDI y A. BLUM, "Des catégories aux liens individuels: l'analyse statistique de l'espace social". *Annales ESC*, 6 (1990), pp. 1365-1402; también en CERUTTI (*La ville et les métiers*). En un trabajo anterior de M. GRIBAUDI (*Itinéraires ouvriers. Espaces et groupes sociaux à Turin au début du XX<sup>e</sup> siècle*. EHESS, París: 1987) apuntaba ya esa crítica de las categorías socioprofesionales.

<sup>30</sup> M. T. PÉREZ PICAZO, "Las transformaciones de la oligarquía murciana en el siglo XIX", en M. LAMBERT-GORGES (coord.), *Les élites locales et l'État dans l'Espagne moderne du XVI<sup>e</sup> au XIX<sup>e</sup> siècle*. CNRS, París: 1993, pp. 327-341.



como una estrella, cuyo centro es un punto que representa al individuo (*ego*) y del cual parten líneas hacia todas las personas con las que está relacionado: éstas constituyen su *zona de primer orden* o de *relaciones primarias*. A través de las personas con las que está directamente relacionado, *ego* puede acceder a otras, relacionadas con aquéllas: constituyen su *zona de segundo orden* (los “amigos de amigos”). Podrían añadirse zonas de tercer orden y sucesivos, hasta considerar el conjunto de la sociedad como una red centrada en torno a un individuo. Una red es un conjunto de vínculos latentes, que existe porque sus integrantes reconocen tener una serie de obligaciones entre sí; sólo en momentos determinados esos “vínculos latentes” se activan, sirviendo entonces como vehículo para la transmisión de bienes, servicios, información o afecto.

Este concepto de *red* apareció primero como una simple metáfora, que no suponía la aplicación de ningún instrumental específico: como resultado de la insatisfacción con otros modelos, se recurría a la imagen de la red para representar las interacciones de un sistema social. Hoy en día este uso metafórico sigue siendo frecuente entre los historiadores, porque facilita una comprensión inmediata de la idea de la prioridad de los vínculos personales directos frente a la definición de los grupos mediante una frontera exterior. Pero, superando la simple metáfora, el uso analítico del concepto comenzó en la antropología social británica, en vista de que los esquemas tradicionales estructural-funcionalistas parecían no adecuarse para estudiar sociedades que no fueran del tipo de una pequeña comunidad tribal aislada. Este nuevo análisis se fue creando a partir de los años cincuenta, apoyándose en técnicas matemáticas como la teoría de grafos, para estudiar las características de conjuntos concretos de relaciones interpersonales.

Los trabajos sobre redes sociales han ido acuñando una serie de conceptos comunes y unos instrumentos de medida para formalizar el análisis y permitir una definición no literaria de las características de una red social. Así se habla de *tamaño*, *anclaje*, *densidad*, *accesibilidad* o *conectividad*, *rango* y *grado de conexión* de una red, se definen *racimos* o subredes dentro de ella y se mide la *centralidad* de sus componentes. En cuanto a los vínculos que forman la red, se habla de *contenido transaccional*, *multiplicidad* o *simplicidad* de la relación, *dirección* de la misma (si es equitativa, complementaria o desigual), *intensidad* o *frecuencia* de activación del vínculo y *duración* de éste a lo largo del tiempo. Todos estos instrumentos, de los que existe una literatura amplia, pueden utilizarse para analizar redes concretas.

Por lo que respecta a los trabajos propiamente históricos, el análisis de redes sociales ha sido hasta ahora muy minoritario, destacando su desarrollo por la historiografía



italiana. Entre los trabajos pioneros podrían señalarse los realizados en los años setenta por Blok –sobre la Edad Contemporánea– y por Klapish-Zuber –sobre la Baja Edad Media–.<sup>31</sup> Ya en los ochenta, se amplían las posibilidades de utilización del instrumental del análisis de redes al aplicarlo a problemas de historia económica como los tratados por Levi o Banti, siempre referidos a la historia de Italia.

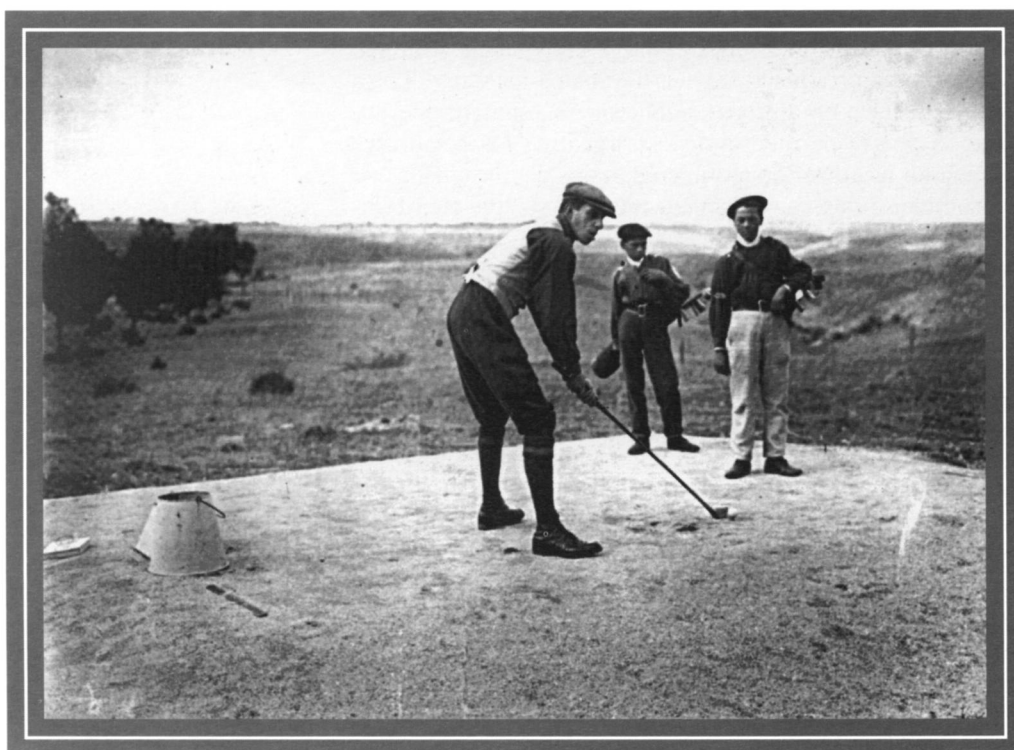
En el libro de Giovanni Levi, verdaderamente emblemático de este modo de hacer historia, el análisis de redes se aplica a cuestiones tan amplias como el funcionamiento de los mercados precapitalistas o la transmisión del poder social entre las generaciones.<sup>32</sup> Levi interpreta las redes de relaciones personales como instituciones sociales a las que los individuos se adhieren invirtiendo recursos, dentro de una estrategia global de búsqueda de la seguridad. La red se construye y se alimenta para conseguir mejor información sobre un medio incierto, para conseguir más instrumentos de control sobre ese medio, o para acumular recursos que permitan contrarrestar eventuales situaciones de peligro (catástrofes naturales, inestabilidad política o social, guerras...). Levi subraya en particular el papel del parentesco como núcleo duro de las relaciones sociales: no es un dato recibido, sino que la red familiar también se construye y se gestiona, adaptando las reglas del parentesco a las posibilidades y necesidades del momento. Especialmente interesante es el análisis que hace Levi sobre el mercado de la tierra, a base de considerar las relaciones sociales que unían a los compradores y los vendedores: concluye que gran parte de las transacciones eran meramente instrumentales, que servían para sancionar relaciones personales o estaban condicionadas por ellas; la norma general parece ser la reciprocidad, es decir, que las condiciones del intercambio se decidían en función del estatus de los individuos y de los vínculos que existieran entre ellos.

Banti, por su parte, aspira en su libro a desvelar el funcionamiento global de la élite piacentina del XIX, con la importante peculiaridad de que lo hace aplicando formalmente los instrumentos de la sociología de redes, a diferencia de los restantes trabajos citados, que hacen más bien un uso metafórico de la idea de red.<sup>33</sup> En particular, demuestra el papel esencial de las redes personales en la modernización de la agricultura de la llanura del Po. Para ello reconstruye las redes de los compradores de fertilizantes y muestra que la lógica de difusión de esta innovación fundamental no era casual, ni fruto de ninguna “propensión” especial a innovar, sino del contacto con personajes concretos de los que procedía aquella novedad técnica. La conclusión es que la difusión de las innovaciones no encuentra sus principales apoyos en los labradores más ricos ni en los que tienen más dificultades (que eran las dos hipótesis barajadas por los

<sup>31</sup> A. BLOK, *The Mafia of a Sicilian Village, 1860-1960*. Blackwell, Oxford: 1974; Ch. KLA-PISCH-ZUBER, “Parenti, amici e vicini. Il territorio urbano d’una famiglia mercantile nel XV secolo”. *Quaderni Storici*, 33 (1976), pp. 953-982.

<sup>32</sup> LEVI, *La herencia inmateral*.

<sup>33</sup> BANTI, *Terra e denaro*.



teóricos de la innovación), sino en los labradores mejor relacionados, que ocupan una posición más central en las redes sociales. En otros capítulos, Banti muestra cómo las redes sociales proveen la estructura básica de las asociaciones agrícolas y de las instituciones políticas del territorio estudiado.

En la historiografía española no conozco ninguna investigación publicada que formalice el estudio de las relaciones sociales con los instrumentos suministrados por el análisis de redes; dos trabajos que se aproximan a este punto de vista son los de Moutoukias y McDonnogh, dos autores formados fuera del país. Zacharías Moutoukias ha utilizado conceptos de la sociología de redes para dar cuenta del funcionamiento de las élites del Río de la Plata al final del período colonial, en dos ámbitos sociales concretos, como son el comercio trasatlántico y la corte virreinal, aunque el uso que se hace de la idea de red de relaciones es más metafórico que formal.<sup>34</sup> Su tesis es que las redes de relaciones primarias tejidas en torno a un patriarca suministraban la estructura esencial para organizar los negocios en el Buenos Aires de la segunda mitad del siglo XVIII. A partir del itinerario biográfico de algunos comerciantes, Moutoukias concluye que las redes de parentesco y amistad no sólo consti-

<sup>34</sup> Z. MOUTOUKIAS, "Réseaux personnels et autorité coloniale: les négociants de Buenos Aires au XVIII<sup>e</sup> siècle". *Annales ESC*, 4-5 (1992), pp. 889-915.

tuían las verdaderas “empresas” de la época, sino que también eran esas mismas redes –y no la pertenencia a ningún grupo socioprofesional– las que llevaban a los individuos a comprometerse en acciones públicas. Así, sugiere que durante la guerra de independencia argentina los personajes estudiados se alinearon en función de los compromisos que tenían adquiridos con parientes, amigos, socios, etc.; e incluso en el primer periodo de la Argentina independiente fueron esas redes de relaciones personales las que sirvieron para articular el poder político, además de los negocios y la vida social.

Por su parte el libro de McDonnogh recurre ocasionalmente a la metáfora de las redes para presentar la vida social de la élite barcelonesa del siglo XIX, insistiendo en el valor simbólico de la posición relacional para ser admitido por la élite de poder establecida.<sup>35</sup>

Este tipo de acercamientos a la historia social lleva a poner en primer plano conceptos como el de *estrategia* de los actores sociales. Ciertamente, la red de relaciones sociales de un individuo tiene una parte que le viene dada por el medio (familia, vecinos...) y otra parte que es resultado de una construcción del propio individuo, que busca entrar en contacto con determinadas personas, alimenta unos vínculos (invirtiendo recursos de tiempo, esfuerzo, riqueza...) y deja caer otros. Esa construcción no se hace al azar, sino persiguiendo objetivos de cada persona.

Este aspecto de “construcción humana” que tiene la red de relaciones sociales nos lleva a considerar las trayectorias personales como resultado de estrategias, lo cual nos sitúa en un término medio entre el determinismo de las circunstancias y la ingenuidad de pensar que los individuos eligen su destino con entera libertad. Las estrategias son trayectorias anticipadas para alcanzar ciertos fines; en general no suelen ser el reflejo fiel de un plan a largo plazo, sino el resultado de una acumulación de decisiones concretas que intentan aprovechar las oportunidades que ofrece el medio o solucionar los conflictos que plantea, decisiones que se toman bajo condiciones de incertidumbre y de racionalidad limitada. Sean cuales sean los objetivos de los individuos, las familias y los grupos, en sus estrategias hay una política determinada de gestión de las relaciones sociales; la relevancia del análisis de las redes depende de su utilidad para poner de manifiesto esa política.

#### ESPACIO SOCIAL, ESPACIO DE RELACIÓN

La historiografía ha venido privilegiando hasta ahora una definición de las élites de tipo económico y jurídico-político; de lo que se trata no es de eliminar ese tipo de

<sup>35</sup> McDONNOGH, *Las buenas familias*.

consideraciones, evidentemente importantes para definir un estatus social superior, sino de interpretarlas en combinación con la lógica específicamente *social* de la definición de las élites, ese dominio ambiguo de las normas no escritas y los juicios subjetivos. Un acercamiento más flexible y pluridimensional a las élites de la España liberal exige tomar en consideración todos los factores que definían el espacio social de aquella época; las lealtades personales, los grupos de parientes, amigos y clientes, resultan esenciales para explicar el funcionamiento de las instituciones y la imposición de las normas.<sup>36</sup>

Si aceptamos que la estratificación social se produce en el ámbito de las relaciones entre las personas y no en el de la producción de mercancías, el corolario inmediato es que las élites vienen definidas por la situación de sus miembros en las redes de relación y de comunicación que forman el entramado social. Destacan en una sociedad y adquieren poder en ella quienes poseen un “capital relacional” mayor y mejor. El siglo XIX estuvo marcado en Europa por la construcción del sistema económico capitalista y del Estado-nación liberal; fue, pues, una época de intensos cambios, en la que la incertidumbre acerca del futuro era la única regla segura. Y esa incertidumbre era mayor en países periféricos y atrasados como España, alejados de los grandes centros de decisión y sometidos a los vaivenes de unos mercados mundiales y una política internacional incontrolables. Es en ese marco histórico en donde adquiere toda su importancia el disponer de una buena red de relaciones de la cual obtener información sobre el entorno, de la cual servirse para buscar apoyo en los momentos de dificultad o para ejercer influencia sobre las instituciones. Es en ese marco donde se comprende mejor la importancia de la sociabilidad de las élites, de la pertenencia a clubes, círculos y casinos, de la asistencia a fiestas y salones, como medio para tejer vínculos y redes sociales que, a la larga, acabarían produciendo una identificación de clase. Es en ese marco donde adquiere todo su sentido la idea de un “capital relacional”, que se alimenta —claro está— con la inversión de recursos materiales (bienes y servicios) e inmateriales (favores políticos prestados desde una posición institucional, o también honor y poder simbólico comunicado por el contacto con nobles y gente “distinguida”); el dato patrimonial, el dato jurídico y el dato político, pues, eran esenciales para adquirir y reproducir una posición de élite en el siglo XIX, pero no pueden entenderse sino en un espacio social que venía definido por la vida de relación.

<sup>36</sup> E. R. WOLF, “Relaciones de parentesco, de amistad y de patronazgo en las sociedades complejas”, en M. BANTON, *Antropología social de las sociedades complejas*. Alianza, Madrid: 1980, pp. 36-37.